

**TRES PRINCIPES DE ORANGE.
DE LA LEALTAD HASTA LA MUERTE LIMITADA
EN EL ULTIMO POR LA INCOMPRESION**

Por VICENTE DE CADENAS Y VICENT

Dos Príncipes de Orange dieron su vida al servicio de Carlos V; el tercero le sirvió hasta su abdicación y en él se apoyó el Emperador para entrar y salir del salón donde solemnemente renunció a los Países Bajos y sus aledaños, como indicando a su hijo, el Príncipe, que en él se debería apoyar para su gobierno, y a él también le sirvió con lealtad acrisolada hasta que pretendió ser soberano absoluto, de una Nación, como los Países Bajos, en que cada Estado de los XVII de que se componía el Círculo de Borgoña, tenía unas libertades que siempre les fueron respetadas por sus Soberanos y que, Felipe II no comprendió jamás que para ser soberano de aquellos territorios era preciso tolerar sus costumbres, sus leyes y sus libertades. Esa razón y sólo esa, se quiera o no, llevó a Guillermo de Nassau, Príncipe de Orange, de la lealtad a la rebeldía. Felipe II hundió a España en los Países Bajos y mandó a miles de españoles a morir en aquellas tierras por una causa injusta; tan injusta como la intención con su «Armada Invencible», de imponer nuevamente el Catolicismo en Inglaterra. En la primera los hombres, en la segunda los elementos, le hicieron desistir de sus inadecuadas pretensiones.



VICENTE DE CADENAS Y VICENT

FILIBERTO DE CHALON, XXI PRINCIPE DE ORANGE

Filiberto de Chalon, XXI Príncipe de Orange, nació el 7 de junio de 1502 en el castillo paterno de Lons-le-Saunier, hijo de Juan II de Chalon y de Filiberta de Luxemburgo, siendo el último de la tercera dinastía de los Chalon en el pequeño Principado de Orange, territorio situado en la parte meridional de Francia, en un enclave entre Aviñón, que pertenecía a la Silla Apostólica, Languedoc, Provenza y el Delfinado. Antes de la anexión a Francia tuvo cuatro dinastías, de las cuales fue la tercera la que concluyó con Filiberto de Chalon, sin descendencia, sucediéndole un hijo de su hermana y con ello la Casa de Nassau, de triste memoria para España, en el Principado de Orange, cuyo primer Nassau, Renato, como el último Chalon, Filiberto, murieron en combate bajo las banderas del Emperador Carlos V.

Inició Filiberto de Chalon, Príncipe de Orange, sus primeras armas muy joven, hacia los 21 años, bajo las lises de Francia, tomando parte en las campañas de Tournay y de Fuenterrabía, contra los Países Bajos y España, respectivamente. Las discrepancias con su Rey natural se inician cuando tenía veintitrés años debido a las pretensiones de Francisco I de anexionarse el Principado, lo que inició un distanciamiento entre ambos, política hábilmente propiciada por Margarita de Habsburgo, Gobernadora de los Países Bajos, que fomentó esa enemistad hasta que el Príncipe de Orange determinó ponerse al servicio de Carlos V, ninguna novedad, pues varios de sus antepasados habían desempeñado cargos en el Ducado y en el Condado de Borgoña, donde se encontraba el Principado, antes de ser anexionado aquel primer territorio por Francia con motivo de la derrota y muerte en la batalla de Nancy, de Carlos el Temerario.

La ocasión la proporcionó Francisco I en Fontainebleau con motivo del bautismo del Delfín, desalojándole de sus apartamentos para instalar en ellos al Embajador del Rey de Polonia, según unos cronistas y según otros al Nuncio del Soberano Pontífice, para granjearse la gratitud de los señores de cua-



lesquiera de ambos personajes, para lo cual llevó a cabo ese desdén al Príncipe, enemistándose definitivamente con el joven Orange, el cual, según Angelo Bardi, refiriéndose al Rey de Francia, le aplica la habilidad nata que tiene de enfrentarse con sus mejores vasallos y en la no menor habilidad de Carlos V en atraerlos y contratarlos para su causa.

Decidido a ello determinó trasladarse a España, en cuyo viaje por mar lo apresó Andrea Doria, asoldado con sus galeas, de Francia quien le entregó a Francisco I el que determinó meterle en la prisión de Bourges y posteriormente en el Castillo de Lusignano, en el Poitou. Aquellos años los dedicó a cultivar la Historia y, según Abry d'Arcier, compuso una notable obra relativa a los grandes capitanes de su época. Tenía una amplia y depurada cultura que bien se ve y distingue del modo rudo que, en el manejo de la pluma, tenían los capitanes de su época. En esos años de prisión y de sosiego leyó mucho, pero se dedicó a estudiar tácticas y a leer batallas que le sirvieron para trazar los proyectos de los futuros combates que, bajo su mando, se desarrollarían.

El Condestable de Borbón indicó al Emperador le incluyera en una de las numerosas cláusulas del Tratado de Madrid, ya que había combatido bajo su mando, le conocía y apreciaba y ello hizo que, de manera definitiva, abrazase la causa del Emperador por la cual combatiría toda su vida y en uno de esos combates, más bien escaramuza, cuando era cuestión de días la victoria sobre Florencia, que él tenía asediada, en las proximidades de Pistoia, en un reconocimiento, encontraría la muerte en el campo de batalla.

En su consecuencia a mediados de 1526 recobró la libertad y, a través de Alemania, alcanzó Italia, incorporándose en Milán al Ejército Imperial bajo las órdenes del Condestable de Borbón, quien le concedió el mando de la vanguardia de la caballería ligera, apreciando sus dotes militares y la alcurnia de su Casa.

El 2 de enero de 1527 Carlos de Borbón, Capitán General del Emperador en Italia, se pone en movimiento con el ejército cosmopolita bajo su mando, desde Milán hacia el Sur, sin



destino conocido, pero falto de pagas y provisiones. Durante el camino se distinguió continuamente en el manejo de los hombres de guerra, en el paso de puntos difíciles por el ejército y supo vencer la indisciplina que en tantas situaciones se presentaba en unas tropas sin pagas, mal avitualladas y peor alimentadas. Realizó avanzadas y reconocimientos con la táctica más avanzada de la época y supo mezclar en la justa proporción los porcentajes de caballería con los de infantería y arcabuceros para que, en los combates, dieran el mejor resultado apetecido.

La muerte del Condestable de Borbón, Capitán General del Ejército Cesáreo ante los muros de Roma, que fue tomada al asalto, le proporcionó el mando del mismo, pues en él reconocieron todos los capitanes su calidad superior en cuanto a su condición social y a la vez, dotes militares de valoración destacada, a todo lo cual se sumó la conveniencia de que, para evitar otros males mayores por posibles discrepancias entre los distintos capitanes del ejército, españoles, alemanes e italianos, de que se componía el cosmopolita de Carlos V, hasta que éste no determinara otra cosa, se le otorgase el mando con carácter temporal y provisional. Así, a los veintitrés años, se encuentra al frente del mejor ejército del mundo, también el más indisciplinado por falta de pagas, pero compacto y agresivo en el combate. El 20 de diciembre de 1527 el Emperador le concede, como lo había hecho con Próspero Colonna y el Marqués de Pescara, los quinientos ducados al mes y, con patente de 31 de enero de 1528, le nombra Capitán General del Ejército en Italia, al no cumplir su compromiso el Duque de Ferrara, Alfonso de Este. El 9 de julio de 1528 se le nombra Virrey de Nápoles por la muerte, en combate naval, de Hugo de Moncada al hacer una salida de Nápoles, sitiado por los franceses. El éxito de su carrera en las armas no tenía antecedente alguno y su lealtad y comportamiento en todas las ocasiones fueron dignas de la realeza de su persona y del juramento de devoción que había prestado al Emperador.

Tenía entonces el Príncipe de Orange veintiséis años. Le deformaba la cara el tiro que había recibido en su mejilla



izquierda durante una inspección a los baluartes de artillería en el cerco del Castillo de Santángelo, donde estuvo entre la vida y la muerte y que su fortaleza y juventud hizo reaccionar favorablemente la difícil situación no sólo para su persona, sino para el mismo ejército que ocupaba la Ciudad Eterna. Durante la ocupación de Roma se había granjeado la confianza de todos los capitanes y la simpatía de los soldados. Amante de las mujeres y del juego, actividades normales entre los castrenses de la época, supo demostrar excepcionales dotes de mando en momentos complicados y difíciles y salir siempre envuelto en aciertos y aumentada su autoridad. Tuvo momentos en que solamente con una disciplina fortísima, fue capaz de evitar males aún mucho mayores en Roma; ordenó pasar por las armas a quienes no cumplían sus órdenes y disposiciones, pero a la vez supo premiar a quienes mostraban lealtad y obediencia a las mismas. De carácter generalmente amable era violento en los momentos necesarios e inflexible en las determinaciones que tomaba. Durante la ocupación de Roma dio muestras de su gran talento y obtuvo una posición muy ventajosa ante el mismo Clemente VII por su diplomacia y tacto. Su reputación quedó confirmada y consolidada durante el cerco de Nápoles donde acudió para su defensa con lo que aún quedaba del Ejército Imperial que ocupaba Roma, en donde su indudable ingenio sirvió para mitigar muchas desgracias de la población y organizó una denodada defensa ante un enemigo muy superior en número y en armamento y a cuyo frente se encontraban los más expertos y acreditados capitanes franceses, suizos e italianos al mando de Lautrec, que estaba considerado como el mejor militar de Francisco I. La peste que se originó en el campo francés, que según algunos documentos de la época que se conservan en el Archivo de Nápoles, no parece que la idea fuese muy extraña al Príncipe, se produjo por la contaminación de las aguas que empleaban los franceses para beber, por medio de que sus zapadores desviarán un curso de agua y a él fueron a parar los detritos de la población. La derrota y aniquilación del ejército francés se produjo por las disposiciones tomadas por él en el momento de levantar el



campo, cosa que les permitió, pero al comenzar la retirada cayó sobre ellos infligiéndoles tal número de pérdidas que el ejército galo quedó prácticamente aniquilado ante los muros que esperaba conquistar. Todo ello hizo que se fuese afirmando como uno de los más preclaros capitanes de la época, sumando a sus dotes las victorias de los Abruzzos y el fin de la resistencia de la Liga en el Reino de Nápoles. Por esa razón Carlos V al declinar el Duque de Ferrara el cargo que ostentaba teóricamente desde hacía años y al apartarse de su alianza, no dudó en dar la Capitanía General de su ejército al capitán posiblemente, más joven del mismo.

En toda la determinante política de Carlos V en Italia, seis personas juegan un papel importantísimo para imponer su soberanía en la península. Tres italianos, aunque alguno de ellos de origen español: el Marqués de Pescara, que así lo era, aunque napolitano de nacimiento, Andrea Doria, genovés, y Mercurino de Gattinara, piemontés; General, Almirante y Diplomático; dos franceses: el Condestable de Borbón y el Príncipe de Orange, ambos Generales de sus ejércitos cosmopolitas; y un flamenco: el Señor de Praet, Embajador. Luego viene una masa de súbditos fieles, todos ellos españoles, en quienes el Emperador tenía la máxima confianza por su lealtad y patriotismo; otra de alemanes, ligados a su persona por vínculo de parentesco y de lealtad a su Casa, y, por último, de italianos cuyos Estados formaban una parte principal de su Imperio.

El Tratado de Barcelona arregló definitivamente las diferencias entre Clemente VII y Carlos V. Los autores de este eficientísimo acuerdo diplomático fueron Mercurino de Gattinara, el Señor de Praet y Antonio Perrenot de Granvela y en él, por sus cláusulas secretas, se decidió la suerte de Florencia.

El 8 de agosto de 1529 fue personalmente el Príncipe de Orange a Roma para ultimar los detalles de las operaciones bélicas y el 12 firmó el acuerdo por el que el Pontífice tenía que correr con la casi totalidad de los gastos del ejército y aportar cuatro mil quinientos soldados escogidos, cuatro cañones, munición, mil zapadores con sus ingenieros y jefes y doscientos mil escudos para pagar a la tropa. Regresando a



Foligno, donde tenía la masa de su ejército de españoles, italianos y alemanes; ejército cosmopolita que encerraba razas, religiones y lenguas y que, sin embargo, conservaba una unidad de la que otros carecían. Orange, francés de nacimiento e imperial por juramento, iba a tomar el mando de unas tropas faltas de pagas y que, sin embargo, venían a servir al Emperador. Como teniente en él designó a Juan de Urbina y a él se tenían que añadir las del Marqués del Vasto y Ferrante Gonzaga.

De Pullia en donde se encontraba concentrada la mayor parte del Ejército Imperial, se empieza a mover hacia Spello y Foligno en los finales de junio para reunirse bajo los muros de Florencia con los contingentes napolitanos de Fabrizio Maramaldo y Andrea Castaldo. Al acercarse a Spello, en un reconocimiento, un tiro de arcabuz acabó con la vida de Juan de Urbina, pasando la Lugartenencia a Pedro Barnaud, jefe de los hombres de armas, por no haber llegado aún el Marqués del Vasto ni Ferrante Gonzaga. La ciudad fue tomada por asalto y la población pasada por las armas; de allí se encaminó hacia Perugia, que se rindió. Cortona, a la que se puso sitio y en donde resultó herido el Marqués del Vasto que ya se había incorporado al Ejército, capituló para evitar el saqueo. En rápida marcha se presentaron ante Arezzo al cual había semidesguarnecido Malatesta Baglione en su retirada hacia Florencia. Arezzo se rindió para evitar el saqueo refugiándose en la ciudadela la pequeña guarnición, que terminó rindiéndose.

A partir de ese momento el Ejército Imperial se mueve lentamente surgiendo la sospecha de que ello se debía a instrucciones del Emperador, que se encontraba con el Pontífice en Bolonia, llegando a Montevarchi el 22 de septiembre y sin llegar a acampar se limitó solamente a evitar el avituallamiento de Florencia, produciéndose gran número de entrevistas entre el Príncipe de Orange y enviados florentinos, los que estaban dispuestos a rendirse al Emperador si éste conservaba la soberanía sobre la República, negociaciones que fueron sucesivamente rechazadas por lo estipulado con Clemente VII. El 12 de octubre las primeras tropas se encontraban en San Donato, saludadas por la artillería enemiga y atravesando la par-



te que conduce a Apparita, quedó Florencia a sus pies, como Roma lo había quedado en su día. El asedio había dado inicio, pues se trataba de evitar el saqueo.

La campaña de Toscana durante el cerco de Florencia, fue llevada a cabo por las tropas del Marqués del Vasto y de Fabrizio Maramaldo y con la ocupación de Prato y Pistoia solamente quedaron en poder de la Señoría Pisa, Empoli, Volterra y Liorna. Mientras que Maramaldo acampaba cercando a Volterra, donde Francisco Ferruccio mandó matar al tambor que envió Maramaldo para solicitar la rendición, el Marqués del Vasto y Ferrante Gonzaga, se apoderan de Empoli, enviando una parte de sus soldados a Volterra y él a su frente para tomarla, siendo rechazado y teniendo que desistir de la empresa debido a un amotinamiento entre sus soldados por la falta de pagas. Afectado por ello se retiró a Nápoles siendo enviado poco después por Carlos V con tropas españolas a las que al concluir la campaña contra Florencia se unieron las de Maramaldo, a luchar contra el turco en Hungría, haciéndole levantar el cerco de Viena ante la proximidad de ese Ejército.

Como se ha indicado Florencia quedó cercada y el primer disparo de cañón se efectuó el 29 de octubre de 1529. El cerco prosiguió con escaramuzas y a partir de noviembre los asediados envían diputados al Emperador en Bolonia para tratar de llegar a un acuerdo y el mismo día de la Coronación en San Petronio de Carlos V como Emperador del Sacro Imperio Romano, enviaron emisarios los florentinos para entrevistarse con el Pontífice al ir aumentando el descontento en la Ciudad cercada, cuyo cerco se había mejorado aplicando la táctica propuesta por Antonio de Leyva, Gobernador y Capitán General en El Milanésado y con ella impedir cualquier salida para facilitar medios y víveres a los sitiados. La única ayuda que podía recibir Florencia era la procedente de Ferruccio, que resistía en Volterra, y que, de mercader, se había convertido en Capitán y creado en torno a su figura un halo de héroe por el fin que tuvo su vida.

Ferruccio salió de Volterra y en Pisa reorganizó el ejército con dinero que había recibido de Francia y de otras Cortes



europas. Saliendo de Pisa con unos tres mil infantes, trescientos jinetes, un centenar de lanzallamas colocados sobre lomos de mulos y varias espingardas como artillería ligera, se inicia el primero de agosto, hacia la Montaña pistoiese para tratar de sorprender a Prato y restablecer las comunicaciones con Florencia, entrando en ella con víveres y refuerzos. Desde que salió de Pisa el Príncipe de Orange ordenó a las tropas de Maramaldo que le flanquearan para atacarle en el momento propicio y para ello además, después de dejar el mando del sitio a Ferrante Gonzaga, salió para Pistoia con objeto de observar el movimiento enemigo y tomando el mando de la Compañía de su guardia, hombres de armas franceses, los jinetes albaneses, mil infantes españoles, cinco banderas de lasquenets y mil infantes italianos para dar la batalla a Ferruccio, llegando a Pistoia el día 3, de donde salió innecesariamente para un reconocimiento para hallar una muerte heroica ante un enemigo infiltrado que sorprendió a su gente de armas con los lanzallamas, cuyos caballos asustados volvían grupas al enemigo y los arcabuceros de Ferruccio situados entre los castaños hacían estragos entre los hombres de armas que personalmente quiso contener y que le causaron la muerte, alcanzado por dos balas de arcabuz, una que le atravesó el pecho y otra que le entró por el cuello y salió por la nuca, muriendo instantáneamente, mientras que sus hombres de armas se retiraban, y los florentinos se dedicaban a depredar a los cadáveres de sus ropas, sin excluir el del Príncipe de Orange, cuya banda llevaron a Ferruccio como trofeo y señal de victoria.

Las tropas de infantería imperial, arcabuceros españoles de Herrera y los napolitanos de Farina, fueron diezmando al enemigo obligándole a replegarse hacia Gavinana en donde ante sus puertas orientales se encontraban las tropas de Maramaldo y en su avance encontraban un aspecto desolador y la infantería española, al ver tanto cadáver depredado de sus ropas, los veteranos españoles no daban cuartel a los florentinos pasándoles por las armas. Así se volvía a repetir, con muchos de sus personajes, lo ocurrido en Roma. Muerte del Capitán General y pase por las armas a los que se entregaban.



Los gentileshombres del Príncipe lo buscaban afanosamente y el Señor de Tinteville concluyó por hallar su cadáver desnudo completamente, el cual, cubierto con el debido respeto fue llevado a una ermita en donde quedó presidiendo la batalla durante todo el desarrollo de ella hasta alcanzar la victoria total y, por la noche fue llevado a Pistoia, cubierto de ropaje adecuado, en una litera rodeado de sus gentileshombres y capitanes del ejército con los honores correspondientes y depositado en la nave central de la Catedral, adobado correspondientemente con drogas y bálsamos y rodeado de su guardia, expuesto al día siguiente, haciendo venir de Florencia una litera para el transporte de su cuerpo en el féretro que lo contenía. El 5 de agosto fue llevado a la Cartuja de Florencia, quedando depositado y velado por sus hombres de armas, hasta el 18 de agosto en cuyo día en una carroza preparada para tal fin salió para Bolonia, el 22 quedó expuesto en San Petronio y a través de la vía Emilia, por Parma, Alejandría y Asti atravesar la montaña y el 27 de septiembre su cadáver llegó a Chambery y desde allí por Saboya atravesó la frontera francesa, llegando a Claraval en donde quedó depositado en la Abadía y el 23 de octubre fue llevado a la Iglesia de San Desiderio en la Capital de lo que fue su dominio y transportado a la Iglesia de los franciscanos y sepultado en la cripta junto a su padre y abuelos.

El Emperador había recibido la noticia por el Señor de Guerres que salió para Alemania con la triste comisión. Dicen que Carlos V no pudo contener las lágrimas cuando le comunicaron la muerte de su joven Capitán General en Italia, al que quería y había distinguido concediéndole el Toisón de Oro.

En sus entrevistas con el Pontífice, Clemente VII parece que le había prometido por la reposición de los Médicis en Florencia la cesión de Aviñón, limítrofe con el Principado de Orange y perteneciente a la Silla Apostólica.

Muerto soltero dejó su fortuna a su sobrino Renato de Nassau, a quien adoptó y quien le sucedió en el Principado de Orange. Era hijo de su única hermana Claudia, casada con Enrique de Nassau, General del Ejército de Carlos V en los Países Bajos.



RENATO DE NASSAU, XXII PRINCIPE DE ORANGE

Juan II de Nassau, fallecido en 1465, Conde de Nassau-Dillenburg, Señor de Vianden, Barón de Breda, Gobernador de Brabante, parece que fue el primero de su linaje que ocupó importantes cargos políticos y militares; los desempeñó en esos Estados cuando era Duque de Borgoña Felipe II el Bueno. Tuvo entre otros, dos varones que en uno se extingue su línea, Engelberto de Nassau, Gobernador de Brabante, Teniente General en Borgoña y Caballero del Toisón de Oro, fallecido sin sucesión en 1494, después de haber servido a Carlos I el Temerario, a su hija María y a la regencia del Emperador Maximiliano de Austria, viudo de aquélla.

Su otro hijo, Juan III de Nassau, Conde de Nassau-Dillenburg, casó con una hija del Landgrave de Hesse y falleció en 1515. De este matrimonio nacieron dos hijos: Guillermo de Nassau-Dillenburg, fallecido en 1559 y Enrique de Nassau, Señor de Vianden, Vizconde de Anvers, Barón de Breda, primogénito, Caballero del Toisón de Oro y General de la Armada de Carlos V en los Países Bajos, fallecido en 1538 y casado con Claudia de Chalon, única hermana de Filiberto de Chalon, Príncipe de Orange que, al fallecer, como se ha dicho, sin sucesión, instituyó heredero a su sobrino e hijo de su hermana Claudia y de Enrique de Nassau, Renato, General de Carlos V en los Países Bajos y XXII Príncipe de Orange, muerto durante el sitio de Saint-Dizier el 15 de julio de 1544 sin sucesión, dejando heredero universal a su primo hermano, hijo del ya citado, su tío Guillermo, Conde de Nassau-Dillenburg; Guillermo de Nassau, que sería el XXIII Príncipe de Orange, leal primero y rebelde después a su soberano.

Nacido en Breda el 5 de febrero de 1519 y muerto, como se ha dicho, por una bala de arcabuz, en el sitio de Saint-Dizier. El 22 de agosto de 1540 contrajo matrimonio con Ana de Lorena, hija del Duque de Lorena Juan II y de Renée de Bourbon-Mont-Pensier de cuyo enlace no tuvo sucesión, por cuyo motivo instituyó heredero universal a su primo Guillermo de Nassau.



De muy joven pasó a la Corte de Margarita de Habsburgo, Gobernadora de los Países Bajos, que le apreció y distinguió desde su llegada.

En 1539, apenas cumplidos los veinte años, se inicia su carrera militar al encargarle la nueva Gobernadora, María de Habsburgo, ante las necesidades bélicas, de reunir una tropa de jinetes y se comprometió a hacerlo en tres o cuatro días, reuniendo unos trescientos para reprimir la sublevación que se había producido en varios lugares y principalmente en Courtrai y Audenarde, quedando bajo las órdenes del Duque de Arschot y trasladándose a Maestricht para aplacar la rebelión de Gayre, participando activamente en la represión de este movimiento popular instigado por Francia.

Con motivo del viaje de Carlos V, atravesando Francia, invitado por Francisco I para adelantar la represión en Gante el 20 de enero de 1540, llegan a Cambray el Emperador y los Príncipes franceses, el Delfín y el Duque de Orleans, donde les esperaban el Duque de Arschot, el Príncipe de Orange, el Conde de Buren y otros señores enviados por la Regente para recibirlos, prosiguiendo al día siguiente y entrando en territorio de los Países Bajos llegando a Valenciennes, donde le esperaba su hermana la Reina Gobernadora. El 28 de enero se reúne con las tropas reclutadas por el Príncipe de Orange, que se había adelantado hacia ellas, compuestas por infantes de la Baja Alemania (Nederlander) y el 9 de febrero todas las tropas levantadas, entre ellas las de Orange, se encontraron en Malinas entrando pacíficamente unos tres mil en Gante para seguridad del Emperador, que salió de Bruselas el 9, llegando a Gante el 14 de febrero, acompañado de Embajadores y capitanes de sus ejércitos, entre los que se encontraba el Príncipe de Orange al mando de sus infantes de la Baja Alemania, alojándose sus bandas en los barrios denominados Muide y Meiren y quedando ocupada totalmente la población.

No existe razón para referir los sucesos de Gante y la represión durísima que llevó a cabo el Emperador en su ciudad natal. Orange se limitó a mantener el orden en caso de alteración del mismo. Se ausentó con el Emperador y regresó en



octubre con la Gobernadora para visitar las obras del nuevo castillo.

En 1542 da principio a otras hostilidades con Francia y Martin Van Rossem, Señor de Poederoeyen, las apoya penetrando bruscamente en los territorios de Bois-le-Duc y varias villas, por lo que tiene que acudir el Príncipe de Orange en junio para evitar la conjunción de sus tropas con las del Duque de Orleans y evitándola, regresa a La Haya, para presidir los Estados de Holanda, de donde había sido nombrado Gobernador después de la represión de Gante.

Encontrándose en La Haya fue llamado por la Gobernadora con toda urgencia para que se trasladase a Amberes, de donde era Mandgrave, para la defensa ante la proximidad de las tropas de Van Rossem y, el 24 de julio se dirigió con quinientos jinetes y ocho banderas de infantería hacia la ciudad, teniendo su lugarteniente Lubert Turck un choque con la enemiga, siendo la infantería imperial atacada y en parte derrotada, salvándose y pudiendo entrar en Amberes gracias a la sangre fría de Orange y al valor derrochado por el Príncipe, entrando en Amberes con una buena parte de jinetes y mil infantes, llegando poco después su Lugarteniente con gran número de jinetes e infantes procedentes de Lierre, donde se habían retirado. El mismo día al anochecer Van Rossem estableció su cuartel en las proximidades de Amberes. El 25 se producen varias escaramuzas, el 26 Van Rossem intenta un ataque que es rechazado y el 27 levanta el sitio ante los nuevos refuerzos que había recibido la ciudad. Durante el mes de agosto prosiguen las correrías de Van Rossem.

En los primeros de agosto Orange se reúne con el Conde Buren para engrosar el Ejército Imperial y el Príncipe invade cuanto encuentra a su paso y reunidas con las fuerzas de Boussu marchan para liberar Luxemburgo que queda abandonado por el Duque de Orleans, perdiendo lo conquistado en menos tiempo que lo habían ocupado. El 9 de septiembre el Ejército acampa en Marche quedando prácticamente Luxemburgo totalmente liberado de la invasión francesa.

El 13 de septiembre se pone en movimiento, desde Marche, el Ejército Imperial con grandes dificultades debido al



desbordamiento de los ríos y rotura de los puentes, con la intención de atacar Yvoy, acampando en Neufechateau y el 18 saliendo y llegando el 21 a Chiny, acantonándose y licencian-do a parte de las tropas en vista de la estación. Sin embargo la Gobernadora ordena al Conde de Buren y al Príncipe de Orange hacer una irrupción en los territorios de Guillermo de Cleves. El Príncipe de Orange la tenía que hacer por Bra-bante y Boussu y Buren por el Ducado de Juliers, llevándose a cabo las operaciones durante el mes de octubre y retirán-dose en los primeros días de noviembre a sus respectivos go-biernos.

Otra nueva invasión se producía en enero de 1543 y María de Hungría llama y nombra General del Ejército al Duque de Arschot y a él se incorpora nuevamente el Príncipe de Orange y, mientras el Duque sale de Maestricht el 20 de marzo, el Príncipe actúa con sus tropas atravesando el Meuse, permi-tiendo al Duque oponerse a las bandas de Van Rossem las que le hacen retroceder el 25 nuevamente hasta Maestricht y las del Duque de Cleves ponen sitio a la plaza de Heinsberg, de-fendida por una escasa guarnición imperial aunque constituye la puerta de Holanda, obligándolas, no obstante a levantar el sitio el 30 de marzo.

Después de un profundo estudio en la estrategia militar, el 2 de mayo de 1543, Carlos I suprime las antiguas coronelías de los ejércitos españoles, constituyendo los Tercios, compues-tos de doce compañías de 250 a 300 soldados, mandados por un Maestre de Campo.

La lucha prosigue en los Países Bajos y las Bandas de Mar-tin Le Noir ponen cerco a la ciudad de Heinsberg y los enfren-tamientos prosiguen con suerte alternativa.

En el mes de abril de 1543 el Príncipe de Orange se instala en Bois-le-Duc con sus compañías y otras banderas de infan-tes, evitando el paso de los cuerpos levantados en Alemania de Lasquenetes de Westphalia. La nueva invasión de Limburg hace que el Príncipe se desplace en socorro de esa provincia.

En esta complicadísima situación de los Países Bajos, Francia inicia la invasión en Hainaut.



Concluida la Dieta de Espira, el Emperador considera la necesidad de organizar una gran ejército, para concluir con los rebeldes de los Países Bajos e invadir Francia y llega a Maguncia, embarcándose por el Rhin hasta Coblenza y Bonn, donde nombra Lugarteniente General del Ejército a Ferrante Gonzaga y Maestre General a Stefano Colonna, dirigiéndose con ellos y las tropas españolas a Duren, población del sublevado Duque de Cleves. El 23 de agosto se incorpora a la vista de Duren el Príncipe de Orange con sus tropas de la Baja Alemania y el 24 es tomada por asalto por españoles, alemanes e italianos, siendo saqueada y muertos la mayor parte de sus defensores, dándola seguidamente a las llamas, salvándose las mujeres y niños por orden del Emperador.

El Ejército Imperial prosigue su campaña y rinde a las ciudades de Zuitre y Ruremunda en los últimos de agosto. En septiembre se rinden Gueldres, Vachgendonk y Stralle y el 3 de septiembre se rinde la Ciudad de Cleves. El Duque de Gueldres, Guillermo de Cleves, manifiesta su deseo de someterse al Emperador y rendir Venló, capital de su Estado. El 6 llega al campamento, el 7 es recibido por el Emperador y el 8 de septiembre se firma el Tratado y concluye la guerra mantenida con el Duque de Cleves, y el 11 es jurado como Duque el Emperador en la capital rendida, designando Gobernador del Ducado de Gueldres al Príncipe de Orange el 12 de septiembre.

En Diest el Emperador reúne a los Estados Generales el 22 de septiembre, para solicitar ayuda y proseguir la campaña contra los franceses.

La campaña se inicia contra Francia y camino de Cateau Cambresis acampa el Ejército Imperial a media legua del francés, mandado por su propio Monarca, el 3 de noviembre de 1543 y el 5 con el mayor sigilo se retira hacia Guisa, siendo atacada con enormes pérdidas la retaguardia del ejército galo, dando por concluida la campaña debido a lo entrado de la estación.

Terminada la Dieta de Espira el 10 de junio sale para los Países Bajos a combatir a las tropas francesas llegando a Metz, de donde sale con banderas desplegadas el 7 de julio de



VICENTE DE CADENAS Y VICENT

1544 y tomando posiciones al día siguiente ante la plaza fuerte francesa de Saint-Dizier, con un ejército compuesto de trece banderas de lasquettes al mando del Príncipe de Orange con un efectivo de unos seis mil quinientos soldados; por tres mil seiscientos españoles, los escuadrones de Mauricio de Sajonia y de Alberto, Marqués de Brandeburgo, del Gran Maestre de la Orden Teutónica Wolfgang Schutzbar, nombrado en mayo, bajo el mando directo del César y como Lugarteniente a Ferrante Gonzaga.

Saint-Dizier estaba bajo el mando del Conde Sancerre, uno de los mejores capitanes franceses. Las tropas imperiales ponen el cerco a la plaza ante la negativa de rendición y el día 14 de julio de 1544 el Príncipe de Orange, en una inspección de las murallas, descendió hasta las trincheras donde se encontraba Ferrante Gonzaga que para honrarle le ofreció la banqueta donde estaba sentado, sentándose en el suelo frente a él en el momento en que un disparo de arcabuz hecho desde lo alto de las rampas alcanzó al Príncipe en el lado derecho del pecho, saliendo por la conjunción de la espalda y del brazo.

Transportado en agonía al alojamiento del Emperador, expiró al día siguiente por la tarde; 15 de julio.

La muerte del joven y querido General dio lugar a que las tropas españolas y alemanas, sin contar con sus capitanes, dieran un asalto general del que fueron rechazadas con grandes pérdidas.

Saint-Dizier se rindió el 17 de agosto. El Emperador había ordenado que las tropas alemanas se alejasen del campamento, en previsión de las represalias que podían tomar por la muerte de su General, evitando con ello una matanza y la destrucción de la ciudad.

GUILLERMO DE NASSAU, XXIII PRINCIPE DE ORANGE

Otra muerte, sin descendencia, hace variar nuevamente la línea, dentro de esta segunda variación en otra familia. Renato de Nassau, muerto ante los muros de Saint-Dizier el 15 de ju-



lio de 1544, cuando llevaba a cabo un reconocimiento de las defensas de la plaza el día anterior, dejó por heredero a su primo hermano Guillermo de Nassau, de once años de edad.

Esta rama de la familia vivía en el Imperio por el matrimonio del abuelo con una hija del Langrave de Hesse y había abrazado la causa de Lutero. Guillermo había nacido en el castillo de Dillenbourg el 24 de abril de 1533, hijo, como se ha dicho de Guillermo de Nassau y de Juliane de Stolberg. Aunque luteranos se celebró una fiesta en la cual, recordando al bautismo, se le impuso el nombre del genitor, constituyendo una ceremonia híbrida, que se adelantaba a los acontecimientos por los cuales discurría la existencia del niño. Esta se desarrolló en el propio castillo junto con las hermanas, hijas del primer matrimonio de su padre y los hermanos que tuvo en el segundo. La sorprendente herencia que recibía el niño en los Países Bajos, se pretendió que antes pasase a su padre, el cual trasladándose a Bruselas intentó hacerse con ella por todos los medios, cosa que tropezó con sus convicciones religiosas, por lo que se opusieron la Gobernadora y el propio Emperador a que entrase en posesión de ella, así como su hijo al considerarles herejes, aunque el Conde no estaba mal visto por el Emperador que lo tenía por un súbdito leal en Alemania, pero no podía admitirlo en los Países Bajos, donde no había razón para la tolerancia religiosa. Después de ir acercando las diferencias, se estableció el compromiso de que el joven Príncipe sería enviado a los Países Bajos para completar su educación y de esa manera heredara las posesiones de su primo en ellos que se encontraban en Holanda, Zelanda, Utrecht, Frisia y Güeldres, aceptando la formación de una tutela integrada por el Consejero Imperial Juan de Merode, el Señor de Corbaron y el Conde Adolfo de Holstein-Schauenburg, coadjutor de Colonia y primo de Nassau: Dos súbditos de los Países Bajos y uno de Alemania y los tres católicos, ejerciendo la tutela efectiva los dos primeros. Si en esto había tenido que ceder en el pleito que mantenía con los Nassau-Breda llevó la mejor parte, en compensación a que se añadía en su hijo el Principado de Orange, el Marquesado de Amberes y la Señoría de Breda y de otros veinte lugares.



En la primavera del 45 el joven Príncipe de Orange abandonó el castillo de sus padres en Alemania, para establecerse en Breda, en los Países Bajos, dándole como compañeros de estudios a dos jóvenes de las familias Isenburg y Westenburg y disponiendo su educación dentro de los preceptos más rigurosos de la Iglesia Católica.

La guerra contra la Liga de Esmalkalda colocó a su padre en una situación comprometida, teniendo que escoger entre luchar al lado del Emperador o de aquéllos con quienes compartía la religión, teniendo que acabar inclinándose por hacerlo en los Ejércitos del César lo que, al concluir la guerra le proporcionó una sólida posición ante éste, la solución de la herencia de Katzenelnbogen, pero sobre todo el favor del Emperador.

En la Dieta de Augusta a la que asistió el Príncipe de Orange, se encuentra con su padre después de la separación de tres años. En la citada Dieta se aprobó la adscripción del Círculo de Borgoña al Imperio, con lo cual obtenía su protección en caso de guerra, conservando su independencia jurídica y legislativa, lo que por desgracia, años después constituyó la base legal de su oposición contra nuestra Nación.

Regresado a Breda, recibió la noticia de la muerte del Conde de Buren Maximiliano d'Egmont, uno de los más fieles súbditos y capitanes del Emperador. Antes de fallecer, le comunicó su médico que dispondría de unas horas y en ellas trató de ordenar diferentes asuntos, entre ellos su deseo de que su hija única casase con el joven Príncipe de Orange, cuyo matrimonio se decidió su aplazamiento un par de años. En éstos llegó el Príncipe Felipe y al joven Príncipe de Orange le unieron a su séquito en las visitas a Holanda, Frisia y Güeldres, habiéndose conocido en Breda cuando el Príncipe de Orange tenía dieciséis años y el de España veintidós. Así se conocieron los que con el tiempo serían dos enemigos irreconciliables.

Emancipado por el apoyo del Obispo de Arras, el Emperador consiente en su matrimonio con la hija del Conde de Buren, que se celebra el 8 de julio de 1551 en el Castillo de Buren, con Ana d'Egmont-Buren, habiéndose firmado el contrato de esponsales el día 6.



En los finales de año es nombrado Capitán de una compañía de las nuevas de caballería, compuesta de doscientos jinetes que queda inactiva hasta que se inician las hostilidades con la rebelión de Mauricio de Sajonia y la entrega de las plazas de Toul, Metz y Verdun en marzo del 52. Ante dicha situación la Gobernadora moviliza sus fuerzas en los Países Bajos y nombra Coronel al Príncipe de Orange de diez compañías de infantería, enviándole a combatir a las tropas del Rey de Francia y después, al retirarse éste de Brabante, al Landgrave de Brandeburgo y por último a la defensa de la región de Artois. Con la firma del Tratado de Passau el 31 de julio de 1552 en que se reconoce la libertad religiosa en Alemania, se concluye la guerra en el Imperio y son licenciadas las tropas, prosiguiendo la guerra con Francia y el Ejército Imperial sitia Metz y después de infructuosos ataques unidos a las enfermedades, el Emperador ordena que se levante el sitio el primero de enero de 1553. Durante el cerco le había visitado el Príncipe de Orange, Guillermo de Nassau, para solicitar su ayuda contra el Landgrave de Hesse, puesto en libertad y para recuperar el Principado de Orange, del que había sido desposeído por Enrique II de Francia. Prosiguen las luchas entre franceses e imperiales, muere en la batalla de Sievershausen, Hungría, en 1553 el traidor Mauricio de Sajonia, mientras que el Príncipe de Orange prosigue al servicio de Carlos V y participa nuevamente como Coronel en el territorio de Artois. A la muerte del Príncipe d'Épinay, recibe el mando de la compañía de ordenanza del difunto.

Al entrar el invierno y paralizarse las operaciones, Orange regresa a sus posesiones, de donde es llamado nuevamente al iniciarse la primavera y ante el avance francés con la entrega por la traición de Marienbourg y su avance hacia Namur y Lieja y, prosiguiendo su campaña, se acerca a Brabante. El Emperador designa Capitán General del Ejército al Duque Manuel Filiberto de Saboya, su sobrino, el cual reorganiza el Ejército y frena el avance con las nuevas fuerzas aportadas por el propio Emperador, entre las que se encuentran las compañías del Príncipe de Orange y en Renty, con las compañías



VICENTE DE CADENAS Y VICENT

españolas que se habían unido al Ejército, hace retroceder definitivamente a Enrique II. Concluidas las hostilidades el mes de noviembre, el Príncipe de Orange puede regresar a Breda.

En enero se debía desplazar a Inglaterra para una misión secreta enviado por Carlos V y que, sin duda, debía ser la propuesta de matrimonio de su hijo, el Príncipe Felipe con la Reina María Tudor, pero en su lugar se envió al Conde d'Egmont.

En ese mismo año, 1554, los franceses en la primavera inician la ofensiva en Artois, Luxemburgo y Flandes. La muerte de Martin Van Rossem plantea la designación de Capitán General y la Gobernadora propone varios a su hermano, el cual concluye por designar al Príncipe de Orange que debe finalizar el fuerte de Charlemont y reconquistar Mariembourg, para lo cual dispone de varios regimientos de holandeses, alemanes y españoles y de caballería holandesa y alemana, con cuyas tropas inicia una serie de incursiones en territorio francés que impiden el avituallamiento a tropas avanzadas de ellos en los Países Bajos, campaña que prosigue durante todo ese año y el siguiente en que recibe una carta personal del Emperador para que se encuentre en Bruselas el 14 de octubre de 1555, pero antes derrota al Duque de Nevers en Guimnée y al Mariscal de Saint André en Givet.

Llegado a Bruselas recibe del propio Emperador la noticia de su inmediata renuncia en su hijo de los reinos que posea y en el Palacio de Coudenberg, en la Gran Sala denominada Philippe le Bon, solicita de los Caballeros de la Orden del Toisón de Oro, acepten la renuncia en su hijo en su futura cualidad de Duque de Borgoña, que es reconocida por unanimidad.

Poco antes de las tres, el Príncipe Manuel Filiberto de Saboya, Boussu, su Gran Escudero, el Príncipe de Orange y algún otro personaje, fueron a buscar al Emperador a su pequeña casa al otro extremo del Parque en donde se había instalado. Se iza al César sobre una mula para atravesar el Parque, donde baja y se reposa en sus habitaciones. En la Gran Sala de Philippe le Bon se había instalado un estrado con el Trono de los Duques de Borgoña y a la derecha un sillón para el Príncipe Felipe y a la izquierda dos: Uno para María, Gobernadora



de los Países Bajos, y otra para Manuel Filiberto de Saboya, su sobrino. El Emperador entró sobriamente vestido, llevando un bastón en su mano izquierda y apoyando su mano derecha en la espalda del Príncipe de Orange.

La ceremonia se celebró en un silencio impresionante; habló Carlos V, después de que lo hubiera hecho Filiberto de Bruselas exponiendo los motivos de la reunión, levantándose, ajustándose sus lentes y apoyándose con su mano en la espalda del Príncipe. Así lo afirma Pontus Heutérus y desarrolló unas notas que llevaba en un papel en la mano. Concluidas sus palabras, el Príncipe Felipe en mal francés dice que responderá en su nombre Granvella y, por último, lo hace María de Hungría, renunciando al Gobierno de los Países Bajos y con el mismo ceremonial que la entrada se produce la salida. El Emperador apoyándose en la espalda del Príncipe de Orange, recorriendo las mismas etapas hasta la Casa del Parque.

El gesto de Carlos apoyándose por dos veces en la espalda del Príncipe de Orange, parece que tuvo una intención y un significado indicativo para su hijo de que debería apoyarse en él para el Gobierno de los Países Bajos. Este gesto no fue ajeno al pensamiento del Emperador. Dos Príncipes de Orange, sus dos más inmediatos antecesores, habían muerto en el campo de batalla defendiendo los intereses del Emperador; uno en Italia y otro en Francia.

Al día siguiente el Príncipe de Orange regresó a tomar el mando del Ejército en Givet. El 29 de diciembre de 1555 escribe a Felipe II comunicándole la terminación del fuerte, al que se había denominado Philippeville en su honor. Concluida la campaña, Orange licencia a sus tropas, yendo a Bruselas al haber sido nombrado Consejero de Estado. El 30 de enero de 1556 es elegido Caballero del Toisón de Oro en Amberes, siguiendo la voluntad de Carlos V.

La Tregua de Vaucelles, firmada el 5 de febrero de 1555, fue un motivo de satisfacción dentro de un clima muy tirante en los Países Bajos, gobernados desde la abdicación por el Príncipe Manuel Filiberto de Saboya, que esperaba la prima-



vera para obtener una victoria sobre Francia y la restitución de su Ducado de Saboya. Las finanzas se encontraban en estado deplorable y el comercio muy próximo a la quiebra. El Consejo de Estado expuso dicha situación a Felipe II que prometió el apoyo económico de España en la nueva campaña que preparaban, así como la contribución de Inglaterra a sus gastos.

Antes de abandonar Carlos de Habsburgo los Países Bajos, entregó al Príncipe de Orange, para que a su vez lo hiciese al futuro Emperador, las Insignias del Sacro Imperio Romano Germánico.

En enero de 1557 es denunciada por Francia la tregua de Vaucelles. Con un esfuerzo económico enorme se levantó un ejército de sesenta mil hombres que se puso bajo las órdenes del Príncipe Manuel Filiberto de Saboya, Gobernador de los Países Bajos. Con gran visión estratégica marchó sobre San Quintín, plaza fuerte que cubría a París de los ataques por esa parte y en la que se había encerrado Coligny con suficientes fuerzas. El Condestable Montmorency intentó ayudar al Almirante Coligny, siendo atacado por la caballería del Conde d'Egmont en su ala siniestra y deshecho el cuerpo del ejército por la infantería española y borgoñona, quedando prisioneros el propio Montmorency y todos sus generales. El Príncipe de Orange con sus tropas participó brillantemente en la batalla del 10 de agosto de 1557 y la plaza se rindió el 27, después de ser cañoneada y tomada por asalto, quedando prisionero Coligny. El 3 de agosto, en Valenciennes, Felipe II había reunido a los Estados Generales para estudiar la situación de extrema necesidad que padecían los Países Bajos por las continuas guerras que venían sosteniendo. París se salvó, como se decía, que estaba mejor defendido por la debilidad de las finanzas del Rey de España, que por todas las armadas del mundo.

El 20 de febrero de 1558, Orange se encuentra en Francfort, en donde es confirmado Fernando I como Emperador de Alemania, entregándole el primero las insignias imperiales que tenía en custodia, recibidas de su hermano Carlos V, regresando a Breda el 20 y encontrando agonizante a su mu-



jer, que fallece el 24, en medio de la perplejidad y dolor del Príncipe.

En mayo se inicia la campaña y la victoria d'Egmont en Gravelines, precipita las intenciones de un armisticio que se establece el 18 de octubre de 1558. El Príncipe de Orange se retira nuevamente a Breda, en donde con una flamenca, Eva Eliver, tiene un hijo natural: Justino de Nassau.

Las negociaciones se inician en Cercamp, prosiguiéndose inmediatamente en Cateau-Cambrésis entre los plenipotenciarios de Felipe II: el Duque de Alba, Ruy Gómez de Silva, el Cardenal de Granvela y el Príncipe de Orange, y los de Enrique II: El Condestable Montmorency, el Mariscal de Saint-Andre, el Cardenal de Lorena y Claudio de l'Aubespine. Largas negociaciones sin llegar a un acuerdo para el cual se tomó el de suplicar la intervención de la Duquesa de Lorena, Cristina de Dinamarca, sobrina de Carlos V, y bajo sus auspicios se llegó a las complicadas, y difíciles de cumplir, cláusulas del Tratado de Cateau-Cambrésis que se firmó el 2 y 3 de abril de 1559.

Los más perjudicados fueron los ingleses que perdían Calais, pero ya Felipe II no era Rey de Inglaterra y no tenía interés para él conservarlo; los más beneficiados el Príncipe Manuel Filiberto de Saboya, que consigue la restitución de sus estados y Guillermo de Nassau, Príncipe de Orange, que recibe los suyos.

Como rehenes para el cumplimiento del Tratado, quedaron en Francia el Duque de Alba, el Príncipe de Orange, el Conde d'Egmont y el Duque de Arschot. La muerte de Enrique II, permite solicitar al Príncipe de Orange, de su hermano y sucesor Francisco II, el permiso para regresar a Bruselas por asuntos personales.

Felipe II antes de volver a España, debía designar Gobernador de los Países Bajos, donde no volvería jamás. Entre todos los posibles candidatos propuestos por el Obispo de Arras, destacaban dos hombres y dos mujeres: el Príncipe de Orange y el Conde d'Egmont, ambos descartados por el Rey por su popularidad; la Duquesa de Lorena, su prima hermana, como hija de Isabel de Habsburgo, Reina de Dinamarca, y descarta-



VICENTE DE CADENAS Y VICENT

da ésta, quedo la única candidatura de Margarita de Parma, reconocida como hija por el Emperador y, por tanto, medio hermana del Rey de España, casada primero con Alejandro de Médicis, asesinado por su primo Lorenzo, y en segundas nupcias con Octavio Farnesio, hijo de Pier Luigi Farnesio, hijo de Pablo III, cuyo rampollo murió asesinado por los rebeldes de Plasencia.

En presencia de su hermano, recibió el título de Gobernadora y la reestructuración de los XVII estados que componían el Círculo de Borgoña. El 23 de octubre de 1559 a las 11 de la noche, después de cenar, se embarca Felipe II en el puerto de Middelbourg, y el 24, después de saludar a los Miembros del Consejo y a su hermana la Gobernadora, levó anclas y se hizo a la mar. Su incomprensión había sembrado la triste cosecha de desavenencias que se encauzarían hacia una intolerancia que concluiría con una guerra abierta y la separación de parte de los Estados y el odio de los unos y los otros al autor de determinaciones tan impopulares como las continuamente tomadas por Felipe II, que jamás entendió el alma de esos súbditos a los que tan bien entendía su padre.

Tanto Granvella como Margarita de Habsburgo habían recibido instrucciones muy concretas en relación a la tolerancia religiosa que el Emperador había ido temporizando y que, al final, el Círculo de Borgoña se había puesto bajo la influencia y protección del Imperio, pero sin perder sus características peculiares, es decir, su derecho a la igualdad y no de sometimiento como había empezado a caracterizarse el corto reinado de Felipe II en aquellas latitudes. La indudable violación de muchos de los privilegios de que gozaban las XVII provincias de que se componía el Círculo de Borgoña, constituyó, sin duda alguna, el motivo esencial de las primeras alteraciones provocadas por la violación de seis de sus privilegios fundamentales que, con tacto, hubiera podido conseguir empleando a súbditos de ellos mismos. La designación de la Gobernadora fue un error, pues aun nacida en ellos se la consideraba una extranjera, mientras que también en Italia, gozaba de la misma calificación.



Los privilegios que se pretendían o se habían comenzado a ultrajar, eran los siguientes:

La creación de nuevos obispados, sin contar con la aprobación establecida.

No poder juzgar por lo civil, ni criminal a ninguno de sus súbditos, ni extranjeros residentes, salvo por la justicia regional y defendidos por un abogado.

La imposición de nuevos tributos sin el consentimiento de los estados provinciales.

Que no se pueda traer a extranjeros para cargos en Brabante.

Si se convoca a los Estados Generales para obtener ayudas, los diputados no están obligados a dar su consentimiento salvo expresa autorización de la cámara provincial.

En el supuesto de que el Duque intentase restringir los privilegios por la fuerza, los súbditos quedan libres de su juramento de lealtad.

Las medidas rigurosas en el aspecto religioso iban en aumento igual que el descontento entre los propios católicos que les tenían simpatía y se manifestaban conciliatorios entre la tradición y la Reforma, en el espíritu de la Confesión de Augusta.

Carlos V había sabido contemperizar o ceder cuando había encontrado una fuerte oposición; mientras que Felipe II pretendía introducir los hombres y los métodos de la Inquisición, rechazada por sus atrocidades y, sobre todo, por la potencia autónoma que representaba, olvidando los derechos y privilegios nacionales de los diferentes estados de los Países Bajos y todas las clases sociales: asalariados, burgueses, clérigos y nobles, estaban tomando conciencia de la inquietud que les esperaba.

Para complicar la situación, el Príncipe de Orange, que había pretendido la mano de la hija de la Duquesa de Lorena, ahora deseaba contraer matrimonio con la hija de Mauricio de Sajonia, Ana, nacida el 23 de abril de 1544, cuyo padre que todo lo debía al Emperador, se había sublevado contra él y por las circunstancias especiales de la situación familiar de los



VICENTE DE CADENAS Y VICENT

Habsburgo con motivo de la sucesión en el Imperio del Príncipe Felipe, imponer la paz de Passau. El matrimonio se celebró el 25 de agosto de 1561. Desde hacía años había renunciado al mando de las fuerzas de ocupación o protección, alemanas y españolas, que se mantenían en los Países Bajos.

En tanto que llegase su hermanastra Margarita de Habsburgo, Felipe II había dejado encargado de los Estados a Granvela que, como él, ni los entendía ni le entendían. El Rey, nacido en España y con total desconocimiento de la estructura y de la concesión de los fueros de cada uno de ellos, creyó en la conveniencia de aplicarles la misma medida y ante ese atropello, que por derecho no les podía hacer, nacen los primeros síntomas de descontento, de oposición, de rebelión y por último, de abierta guerra. No atendió a la principal súplica de no estar gobernados por extranjeros y mantuvo a las tropas españolas que habían estado combatiendo contra las francesas, a pesar de haberse firmado un tratado de paz. Esa permanencia era innecesaria y provocaba la crispación general, por su indisciplina, en cierto modo disculpable por la falta de pagas. La intransigencia del Rey, mal llamado Prudente, con sus nuevos vasallos, fue el origen de la pérdida de los Países Bajos. A él, a su fanatismo e intransigencia, se pueden culpar de una de las páginas más tristes, más desdichadas y más negras de nuestra historia. No entendió o no quiso entender el clarísimo mensaje de su padre el Emperador, que físicamente le indicó en quien se tenía que apoyar para el Gobierno de unos Estados que él desconocía por completo. El apoyo del Emperador, en ocasión de su renuncia a los solos Países Bajos, por dos veces en la espalda del Príncipe de Orange, fue algo más que significativo y todos entendieron, sin palabras, el significado que le daba el Emperador; todos, menos su hijo. En los Países Bajos existían muchas libertades incomprensibles para un Rey de España. Carlos I, no sólo fue Rey de España, sino de muchas naciones y ello dio lugar al respeto que debía tener a sus libertades, a sus costumbres y a sus tradiciones. Carlos V cometió la misma falta al llegar a España, pero además de ser muy joven, la remedió muy deprisa. Nuestra Nación, de naciones, estuvo go-



bernada por sus respectivos súbditos, con un respeto total a sus diferencias y eso que, los Reyes Católicos, sus abuelos, habían identificado unos con otros y profundamente a los pueblos que componían España. Y tuvo el respeto hacia costumbres con aquellos súbditos de más allá de la Mar Océana que nunca llegó a conocer, evangelizándoles, pero sin aplicarles los castigos que por la religión hubiera tenido que introducir en las Indias. En el conjunto que formaban los Países Bajos, que con gran acierto llamó Carlos V Círculo de Borgoña, y lo ligó al Imperio respetando sus privilegios por éste y también por éste con la obligación de su defensa, que fue el motivo que inspiró al César esa cohesión, que es preciso reconocer que el Príncipe de Orange no invocó, del Imperio para la continuidad de sus derechos, hollados, sin duda alguna, por Felipe II.

El Gobierno de Margarita de Habsburgo continuó desarrollando el caldo de cultivo que había dejado el Rey a su regreso a España y las primeras advertencias de disconformidad con su gobierno, ejecutado por Granvela, aparecieron inmediatamente. La tolerancia religiosa era un hecho en el Imperio y de ella no se tenía por qué excluir al Círculo de Borgoña, que formaba parte del mismo. La ignorancia de ese derecho quizá, fue el principal motivo de las primeras desavenencias. La otra dificultad resultaba de la estancia, como hemos dicho innecesaria, de las tropas españolas al haberse concluido la guerra con Francia.

El infortunado gobierno de Margarita de Parma y de Granvela; la primera nunca bien aceptada por ser hija natural, motivo que excluía a la descendencia de cualquier derecho y los desaciertos del segundo, llevaron a Felipe II a tomar una determinación, quizá la menos acertada de todas: la dureza, y para ello no dudó en designar Gobernador al Duque de Alba. Eliminado Granvela, Margarita continuó ejerciendo el poder sin habilidad alguna y se inició abiertamente una resistencia pasiva a la que se fueron uniendo el comercio, la industria y la nobleza, y desamparando a la Gobernadora con las dimisiones de cargos y la caída en desgracia del Príncipe de Orange, d'Egmont y de Horn, iniciándose con ello los primeros conflictos armados.



VICENTE DE CADENAS Y VICENT

Muy por encima y solamente en aquello que afecta directamente al Príncipe de Orange, nos podemos ocupar de ello.

La llegada del Duque de Alba da principio a una serie de represiones, violencias y prisiones que culminan con la ejecución de los Condes d'Egmont y de Horn, invitados a un banquete y cogidos prisioneros a traición al finalizar éste, arrestados, prisioneros y decapitados. Ello dio lugar a los primeros movimientos y a que Guillermo de Nassau, Príncipe de Orange, aun declarándose súbdito leal al Rey de España, tuviera que tomar una actitud ambigua en defensa de las libertades de los Países Bajos, a la vez que declaraba su obediencia al Rey, siempre que fuesen respetadas sus libertades. Este es el punto esencial para comprender los sucesos y la actitud de Orange en ellos. Respetaba la autoridad Real y a ella se sometía, siempre y cuando el Rey respetase los privilegios de cada una de las provincias del Círculo de Borgoña. Algo ya muy difícil de conseguir dada la tirantez, estado de ánimo y los hechos que se habían producido. Orange prosigue en sus manifestaciones de obediencia, a la vez que busca ayuda en Francia y en el propio Imperio. Las monstruosidades que comete el Duque de Alba se prosiguen en una guerra sucia, al decir de los italianos y en una lucha que cada vez se va haciendo más desesperada en cada bando. Los acontecimientos se precipitan, muchas ciudades son tomadas y sus habitantes pasados por las armas, la crueldad se hace cosa común en ambas partes y la batalla naval de Zuiderzee, en la que queda destruida la flota española, marca el fin del gobierno cruel, sin necesidad de tanta crueldad del Duque de Alba que, en esta ocasión como en otras anteriores, desirvió a sus Reyes.

Requesens llega al gobierno de los Países Bajos ofreciendo un perdón general que por muy pocos es creído y ello se complica con una sublevación de los Tercios por falta de pagas. La guerra más o menos encubierta prosigue y a petición de los sublevados el Emperador interviene sin llegarse a un compromiso en Breda referente a la tolerancia religiosa y el Príncipe de Orange contrae terceras nupcias con Carlota de Borbón, después de haber obtenido el divorcio de Ana de Sajonia y la



imprevista defunción de Requesens, viene a complicar aún más la situación al negarse el Rey a designar como Gobernador a uno de sus muchos súbditos de los Países Bajos que le son fieles, designando en su lugar a Don Juan de Austria, sin tener en cuenta las costumbres borgoñonas en las sucesiones de sus Duques. La falta de pagas promovía continuos alborotos en los Tercios y en esa situación Don Juan de Austria, a quien Felipe II había designado más para un fracaso que para un gobierno, se tuvo que hacer cargo del Gobierno en plena rebelión de las tropas españolas que en los momentos de combatir lo hacían como siempre, pero que alcanzada la victoria nadie las podía contener en el pillaje. No fue mal acogida la designación del hijo natural del Emperador que, sin embargo y debido a las instrucciones recibidas de su hermano poco podía conceder, pues tenía que mantener el libre ejercicio de la Inquisición, la autoridad absoluta del Rey y la práctica en exclusiva de la Religión Católica, dejándole libertad para el resto, pero ese resto era mínimo y estaba muy comprometido principalmente por las continuas revueltas de las tropas españolas faltas de pagas. Las quince provincias de obediencia Real aceptan el Edicto Perpetuo y con ello don Juan de Austria encuentra una popularidad desconocida en los gobernadores anteriores y determina su entrada en Bruselas, pero bruscamente se rompen las negociaciones por parte del Príncipe de Orange y la penuria del dinero y la situación levantisca de las tropas, hacen que Don Juan tenga que abandonar Bruselas y Malinas, retirándose hacia Namur para reorganizar sus tropas, mientras Bruselas llama y aclama al Príncipe de Orange, y los Estados Generales declaran la guerra al Gobernador del Rey y designan Gobernador General de los Países Bajos al Archiduque Matías y los Estados Generales declaran la guerra a Don Juan que representa al Rey, es decir, a su soberano natural y se constituye la Unión de Bruselas. En su campamento en las proximidades de Namur, con un ejército indisciplinado por la falta de pagas, asediado física o moralmente por todas partes, recibe la noticia del asesinato de su Secretario Escobedo, enviado a su hermano para ponerle al



tanto de la situación desesperada de los Países Bajos y la única noticia positiva, la incorporación a su ejército de Alejandro Farnesio, Duque de Parma, compañero de estudios en Alcalá y amigo, de los pocos que de verdad tenía. El 20 de agosto escribe a su hermano el Rey comunicándole que se había declarado la peste en su campamento y suplicándole que le enviase órdenes precisas y ayudas en hombres y en dinero para poder afrontar al ejército del Príncipe de Orange, ya declarado enemigo abierto del Rey y principal personaje de la Nación que se presumía tendría que salir de toda aquella rebelión.

Don Juan expiró en su campamento de Namur el primero de octubre de 1578, dejando y suplicando a su hermano nombrara por Gobernador y Capitán General a Alejandro Farnesio, Duque de Parma, quinto Gobernador y Capitán General que merced a su talento militar y habilidad política puso en condiciones a Felipe II de firmar la paz definitiva en los Países Bajos, sublevados a un Rey que aceptaban, si éste como sus anteriores, les reconocía a cada uno de ellos los propios privilegios y respetaba sus costumbres.

Alejandro Farnesio, con una visión muy clara de la situación, después de haber analizado las causas por las cuales se encontraba en ella, prosiguió con método una victoriosa campaña militar que concluyó con la toma de todas las ciudades en poder de los sublevados, a excepción de las dos holandesas, debido a los entendimientos que hizo con la nobleza, que había permanecido neutral en la contienda y con aquélla que aceptó sus ofrecimientos para volver a abrazar la causa Real.

Con visión real de la humanidad, aunque horrible, un edicto del Rey había puesto precio a la cabeza del Príncipe de Orange, que se retira a Delft a su residencia de Prinsenhof, con su cuarta mujer Luisa de Coligny, que en enero del 84 le da su último hijo.

Varios se presentaron ofreciéndose a cumplir lo que se solicitaba en el edicto; uno de ellos, Baltasar Gérard, insistió en tener una entrevista con el Duque de Parma, quien delegó en Berlaimont, Señor de Haletpenne y d'Assonville, antiguo miembro del Consejo de Estado, a quien expuso el plan.



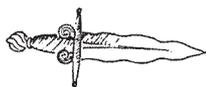
Recibido en Delft como ferviente protestante por Villiers, amigo del Príncipe de Orange, a quien explicó que había llevado un despacho al Duque de Anjou, quien acababa de fallecer el 10 de junio de 1584, y había recibido el encargo de trasmitirselo al Príncipe de Orange. En julio es recibido en su lecho, pero Gérard no puede llevar a cabo su acto criminal por ir desarmado. Después de haber adquirido dos pistolas a un soldado, a los pocos días se presenta nuevamente para solicitar un pasaporte y espera, según indicación del Príncipe, a la terminación del almuerzo. Cuando sale del comedor, aparece el desconocido escondido detrás de una columna, que le descarga tres balas sin mediar palabra, mientras el asesino huía y el Príncipe de Orange fallecía. Era el 10 de julio de 1584. Un héroe para su pueblo, para Felipe II un traidor. Para la historia, un juicio muy difícil de emitir.

* * *

Tres Príncipes de Orange; el primero desentrañado de su Rey, por las felonías del mismo recibidas, pasó al servicio de Carlos V, muriendo en una emboscada durante una de las muchas guerras en que participó. El segundo súbdito leal y como tal tuvo su comportamiento desde el nacimiento hasta la muerte, también en la guerra; y el tercero, leal primero, defendiendo con las armas la causa de su soberano y rebelde después y, por último, asesinado por deseo del Rey de España, también Duque de Borgoña.

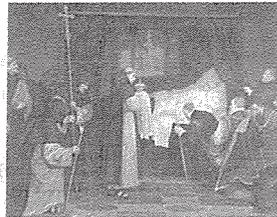
Los tres murieron de muerte violenta, el primero sirviendo a un Rey que no era el suyo natural; el segundo nació y murió al servicio de su Señor el Duque de Borgoña y el tercero fue rebelde a su Príncipe de los Países Bajos cuando éste dejó de respetar los privilegios de su Patria, comportándose como Soberano de otra.

Traidor es cuando se traiciona; rebelde es cuando en su Nación, los Países Bajos, no se respetan sus privilegios, ni sus Leyes y se pretende gobernarlos con los vigentes en otros Estados.



INSTITUTO MALIZIA Y ALFARO
VICENTE DE CADENAS Y VICENT

CARLOS DE HABSBURGO
EN
YUSTE
SER. LOS. DE 18. 496



Edición oficial
Biblioteca
Hedgita
1999